

Bicentenario: ¿de la independencia?

Luis García, miembro del comité de redacción de El Socialista

.....

I - Las medias verdades: una mentira completa

La forma como se hace la narración y la interpretación de los hechos históricos responde, en últimas, a los intereses políticos e ideológicos de quien lo hace. En los textos oficiales del bicentenario, la descripción histórica se hace refiriéndose a “los hechos”, los “acontecimientos”, los “sucesos” que determinaron la independencia. La enorme mayoría de documentos oficiales de los gobiernos hablan exclusiva o fundamentalmente del bicentenario de la independencia.

Así, se actúa tramposamente con la historia y se esconde premeditadamente una verdad, verdad a la que le tienen pánico esos gobernantes actuales y no es su interés político “conmemorar”.

Revolución y guerra continental

¿Por qué se actúa tramposamente y se dice sólo una media verdad? Porque se esconde un hecho sustancial, decisivo, sin el cual esta “independencia” no hubiese sido posible.

La independencia fue sólo una consecuencia, un resultado, un producto del hecho más importante y fenomenal que se produjo en ese entonces. La independencia fue resultado de una revolución, de un feroz enfrentamiento en lo que podríamos denominar una guerra continental contra los ejércitos del imperio que intentaron por todos los medios mantener el control y dominio sobre las colonias.

Se busca borrar de los textos, y por esa vía de la memoria histórica y social la cruda realidad: Para liberarse del imperio español fueron necesarios alzamientos, amotinamientos, manifestaciones y gigantescas movilizaciones, actividades conspirativas revolucionarias, guerras y batallas, fusilamientos, encarcelamientos y persecuciones. La “independencia” no fue un proceso diplomático, de diálogo y cordial entendimiento entre los opresores del imperio y la población oprimida de las colonias. Con la deformación histórica de no presentar la independencia como producto de una revolución y una guerra revolucionaria, se busca reforzar la falsa conciencia de que las contradicciones sociales son posibles de solucionar “dialogando”, “concertando”, “entendiéndonos los unos a los otros” cuando la verdad del desarrollo histórico muestra todo lo contrario. Las contradicciones sociales han generado siempre, y generarán en el futuro, profundas confrontaciones que sólo podrán desatarse por medio de la lucha y la participación activa y masiva de miles y miles, exigiendo sus derechos.

Quienes tratan de torcerle el cuello a la historia, escondiendo la realidad de la revolución y guerra de independencia tras la conmemoración de “la independencia”, deberían entonces señalar como fechas oficiales de dicha “independencia” el reconocimiento formal por parte de España de tal independencia, reconocimiento que para la mayoría de países sólo se produce varias décadas después de la derrota de sus ejércitos en las antiguas colonias.

Quienes actualmente detentan el poder en Latinoamérica sienten pánico ante la sola palabra revolución porque ella conlleva, en sí misma, el enfrentamiento violento entre los detentadores del poder y aquellos que intentan sacudirse del yugo a que están sometidos. Por eso, lo que más les asusta es que sectores de la población y las organizaciones obreras y populares lleguen al convencimiento de que, en la situación actual, se impone una nueva revolución que enfrente las políticas del imperio del cual hoy por hoy son sus socios y colaboradores.

Nuestra interpretación toma como referencia el desarrollo triunfante de una revolución anticolonial que culminó con el triunfo frente al imperio, que obtuvo la “independencia” de estos países y abrió el proceso de configuración de naciones “independientes”, respondiendo a los intereses sociales, económicos y políticos de las clases dominantes de la época. Abrió a la vez el proceso de dominio capitalista-imperialista tanto de Inglaterra como de Estados Unidos, dominio que es el que ha determinado el conjunto del acontecer político y social del continente en los 200 años transcurridos desde la declaración de independencia.

Una revolución internacional

Hay otro aspecto en el cual la documentación oficial del bicentenario es engañosa. En cada país, predominantemente, se presenta al proceso como un proceso nacional, más o menos independiente de los demás; presentación que nada tiene que ver con la realidad que se produjo hace 200 años.

La revolución y guerras de independencia fueron, en realidad, un conjunto casi simultáneo de alzamientos revolucionarios en todos los países de América Latina. En términos del tiempo histórico decir simultáneos no significa el mismo día. Diferencias escasas de meses o pocos años, fueron las que se presentaron entre las declaraciones de independencia en Caracas, Bogotá, México y Buenos Aires.

No sólo fueron revoluciones simultáneas, fueron revoluciones similares: Es decir, en todas ellas se expresaban las mismas ansias de los pobladores, el mismo odio y rencor contra el opresor imperial —el español, en ese entonces— exigencias políticas, económicas y sociales prácticamente iguales. Esta similitud de los procesos revolucionarios de independencia —similitud que también es ocultada o distorsionada conscientemente en las actuales conmemoraciones oficiales— fue la que dio la base para el otro aspecto trascendental: la unidad, apoyo y solidaridad de la totalidad de los pueblos latinoamericanos en la lucha contra el imperio español; un fenomenal hecho político que tampoco se destaca en las conmemoraciones oficiales.

Producto del proceso de conquista y colonización a que habían sido sometidos, la profunda separación y diferenciación actual en América Latina era prácticamente inexistente. Ello se reflejó tanto en la conformación de los ejércitos revolucionarios independentistas en los cuales participaban gentes de los distintos territorios (venezolanos, colombianos, peruanos, ecuatorianos) en forma común y unificada; como en las posibilidades que se dieron, posterior a la derrota de los españoles, de configurar grandes naciones o federaciones de repúblicas. Los intereses de las franjas más reaccionarias de quienes se convirtieron en los nuevos gobernantes fueron los que condujeron a la desmembración en varias decenas de Estados, buscando por este medio garantizar mejor el control sobre la totalidad del pueblo latinoamericano.

La unidad e integración de América Latina que desde los gobiernos hoy algunos pregonan no pasan de ser frases vacías, sin mayor contenido concreto. La unidad de los pueblos de América Latina, unidad que existió de hecho en medio de la revolución y guerra de independencia contra el imperio español, sólo podrá reconquistarse al calor de una nueva revolución que levante en alto las banderas de lucha no sólo contra la opresión y explotación actual del moderno imperialismo sino contra sus agentes y colaboradores locales que se benefician de la dispersión y división en las luchas de estos pueblos.

La vocación de lacayos de los gobernantes actuales

Hay otro aspecto que se percibe nítidamente en la llamada conmemoración del “bicentenario de la independencia” que realizan la mayoría de los actuales gobernantes latinoamericanos. En

forma abierta tratan de encubrir la brutal explotación y opresión a la que está siendo sometido el continente por las multinacionales, los modernos brazos económicos del imperialismo.

Durante la conquista y la colonia el imperio español saqueó en forma inmisericorde las riquezas naturales susceptibles de ser saqueadas en esa época. Los barcos repletos de toneladas de oro zarpaban de los puertos de América para Europa. Todavía se intenta rescatar algunos de estos millonarios tesoros de estos perdidos en el Atlántico debido a los naufragios.

En la época actual, el petróleo, el carbón, el gas natural, todos los minerales, las empresas de servicios, la salud, los servicios bancarios están controlados por las multinacionales imperialistas; muchas de ellas agentes del capital moderno español, incluso. Y llega a tales niveles el servilismo de los gobernantes que, como un ejemplo, en las páginas oficiales de la conmemoración del gobierno argentino se señala:

“Las conmemoraciones comienzan en 2009 en Bolivia y Ecuador, y continúan en 2010 en nuestro país, pero también en México, Venezuela, Colombia y Chile. El gobierno español está participando de la organización de los festejos, a través de subsidios y apoyos de sus agencias de promoción internacional.”¹ Esta es la síntesis de la actitud servil y lacayuna de las burguesías latinoamericanas en su conmemoración de la “independencia”.

Se acude al subsidio y el apoyo del opresor, de aquel que representa históricamente a los asesinos y opresores del pueblo latinoamericano, del exterminio de las tribus indígenas, del comercio y trata de esclavos, para conmemorar la “independencia” ocultando en esta forma la deuda no cancelada que tienen con los pueblos latinoamericanos originarios quienes durante varios siglos saquearon el continente y derramaron la sangre de millones y millones.

Nosotros, que hablamos en términos de la conmemoración de una revolución y de su triunfo a partir del desarrollo de una guerra continental contra el imperio dominante, que vemos que la situación actual guarda enormes semejanzas con la que vivía el continente hace 200 años –mediando sólo las diferencias del tipo de imperio que nos domina y la forma como lo hace—tenemos que llamar abiertamente a condenar esta actitud de lacayos de los gobernantes del continente.

Desde nuestro punto de vista, la única conmemoración válida es aquella que, aprendiendo de las enseñanzas del pasado, enseñe a odiar toda opresión y toda explotación, señale abiertamente no sólo quiénes fueron los opresores y explotadores del pasado –contra quienes se hizo la revolución y guerra de independencia—sino cuáles son los actuales y cuáles son sus aliados al interior de cada uno de los países.

II - La Conquista y la Colonia: 300 años de explotación y opresión

España no fue ni “madre” ni “patria” para los habitantes americanos que al final del siglo XV e inicios del XVI se vieron invadidos por las hordas de brutales asesinos que fueron los conquistadores. La mayoría de ellos salidos de las cárceles, con perdón de sus delitos si se convertían en adalides de la conquista de territorios para el imperio, los peores ladrones y asaltantes vinieron a “coronarse de gloria” asesinando, robando y matando a millones de indígenas que más de una vez los recibieron pacíficamente.

Una colonización capitalista

¹ http://www.argentina.ar/_es/cultura/C1956-comienza-el-ano-del-bicentenario.php

Recubierta con el hábito de las órdenes religiosas de la Iglesia Católica, justificada muchas veces con el argumento de traer la fe a nuevos territorios, la conquista de América fue en realidad una de las más gigantescas empresas del capitalismo mercantil de la época. Tal como señala Nahuel Moreno:

“La colonización española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa en América fue esencialmente capitalista. Sus objetivos fueron capitalistas y no feudales: organizar la producción y los descubrimientos para efectuar ganancias prodigiosas y para colocar mercancías en el mercado mundial. No inauguraron un sistema de producción capitalista porque no había en América un ejército de trabajadores libres en el mercado. Es así como los colonizadores para poder explotar capitalísticamente a América se ven obligados a recurrir a relaciones de producción no capitalista: la esclavitud o una semi-esclavitud de los indígenas. Producción y descubrimientos por objetivos capitalistas; relaciones esclavas o semi esclavas; formas y terminologías feudales (al igual que el capitalismo mediterráneo) son los tres pilares en que se asentó la colonización de América”².

Conquista: genocidio y esclavitud

En menos del primer siglo de dominio español en el nuevo continente se calcula que, por una combinación infernal entre las masacres directas de la conquista, la mortandad producida por los agobiantes trabajos a que fueron sometidos y las epidemias ocasionadas por las enfermedades traídas por los europeos, más del 70% de la población nativa pereció. Si bien varían los estimativos, se puede considerar que para el inicio de la conquista de América (desde el norte al sur) poblaban el continente 70 millones de indígenas. Los conquistadores y primeros colonizadores fueron entonces responsables directos de la muerte de casi 50 millones de personas. Fue ello lo que les permitió apoderarse de toda la tierra de las tribus e imperios nativos.

Y cuando la población indígena, diezmada y debilitada, atropellada su cultura y creencias, no fue suficiente para garantizar la extracción de las toneladas de oro y plata de las minas, surgió otro gigantesco negocio capitalista: la captura de la población africana y su traída a América como esclavos.

Está más allá de las pretensiones de este folleto analizar detalladamente el proceso de conquista y colonia. Lo mencionamos solamente por dos motivos: Primero, para resaltar la unión indisoluble de esta conquista y colonización con el desarrollo del capitalismo europeo, al cual le brindó riquezas gigantescas y le permitió obtener aceleradamente enormes tasas de acumulación primitiva de capital.

Segundo: para presentar un reconocimiento a las heroicas luchas de resistencia adelantadas por los habitantes americanos contra los conquistadores y colonizadores.

Reconocemos a la vez los alzamientos heroicos de los esclavos.

La historia de las luchas de resistencia de los indígenas y de la población negra traída de África está aún por escribirse en su real dimensión y significado. Y, más que una historia, es una lucha que aún continúa en la exigencia de los pueblos indígenas de devolución de sus territorios ancestrales; territorios de los cuales, después de la “independencia” los latifundistas continuaron expulsándolos igual que habían hecho los españoles. Para la población negra del

² Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Nahuel Moreno, en Para comprender la historia, George Novack, Editorial Pluma, Bogotá, 1977.

continente, descendiente de los esclavos africanos, también es una lucha que continúa expresándose en la defensa y recuperación de sus tierras, contra la discriminación social y cultural, contra el profundo racismo que domina en la mayoría de países americanos.

Adelantándonos a las conclusiones de nuestro análisis sobre la “independencia” de América, tenemos que señalar que la “independencia” no significó siquiera, en su momento, una disminución importante en las condiciones de opresión y explotación a las que estaba sometida la población indígena y los esclavos negros. En la enorme mayoría de países de América Latina los indígenas continuaron siendo explotados inmisericordemente en las tierras de los latifundistas descendientes de españoles “blancos”. La esclavitud fue abolida realmente sólo varias décadas después del triunfo de la independencia; continuándose la discriminación, opresión, explotación y relegamiento a las peores condiciones de sobrevivencia de la población afroamericana.

III - ¿Qué sucedió hace 200 años?

Las revoluciones no se presentan como un rayo en cielo sereno. Igual que en las erupciones volcánicas, antes de un estallido revolucionario se han ido acumulando en la sociedad todas las contradicciones y fuerzas que se manifestarán violentamente durante la explosión. El análisis científico de los procesos sociales, y el análisis científico de las revoluciones del pasado, permite determinar con bastante precisión las fuerzas que están chocando, los distintos intereses antagónicos entre unas y otras, la tensión que se está acumulando en las grietas del volcán social.

En algún momento, a propósito de un hecho a veces trivial, —la negativa de alguien a prestar un florero para adornar una fiesta, por ejemplo— al cual la narración histórica superficial posterior le concederá trascendental importancia, explotan todas esas contradicciones y la vida cotidiana se ve interrumpida por violentas sacudidas.

En ese sentido las revoluciones son similares a los terremotos o a las explosiones volcánicas. Las más sólidas instituciones se derrumban o quedan completamente agrietadas; los personajes más destacados del pasado quedan sepultados bajo los escombros de las viejas edificaciones y surgen héroes y representantes de la nueva estructura social que se levanta sobre las ruinas de la anterior.

Se inicia un nuevo ciclo histórico en otro nivel; se volverán a acumular contradicciones y tensiones, se volverán a producir luchas y enfrentamientos y los distintos protagonistas de los procesos sociales afianzarán sus respectivos roles.

El análisis histórico científico, cuando no está al servicio de justificar la explotación y opresión que ejercen los poderosos en una determinada estructura social, tiene la obligación de señalar en primer lugar cuáles fueron las fuerzas y tensiones que se acumularon —a veces durante decenas de décadas— y que precipitaron el estallido social.

La España de 1800: Un imperio en crisis y decadencia

En las décadas inmediatamente anteriores a la revolución de independencia, España ya era un imperio en absoluta y total decadencia. El desarrollo capitalista de Europa, fundamentalmente de Inglaterra, lo habían colocado en absoluta desventaja en el comercio mundial. Las inmensas riquezas en minerales preciosos (oro y plata) que extraía de las colonias americanas iban a parar casi inmediatamente al tesoro británico; bien por medio de los asaltos de los piratas que capturaban los barcos en los que eran transportados o bien como pago de mercancías que España tenía que comprar a la naciente y dinámica industria inglesa.

Para solventar el lujo y el derroche de una monarquía corrupta, para pagar los gastos que le ocasionaron los enfrentamientos militares con Inglaterra y la defensa de los buques que transportaban el oro y la plata desde América, la corona española tuvo que acudir a impuestos cada vez mayores a toda clase de bienes y productos en todo el territorio, muy especialmente en las colonias.

En 1736 se implantó en el Virreinato de la Nueva Granada el monopolio del aguardiente de caña. Luego se decretó el monopolio de la venta de tabaco. Hacia 1776, para atender los gastos de la guerra de siete años con Inglaterra dichos monopolios se reforzaron y se produjo un aumento significativo en los precios al consumidor de los productos. También fue aumentada muchísimo la alcabala –un impuesto similar al IVA de los gobiernos de hoy--.

Los primeros alzamientos de protesta: los Comuneros

Esta cascada de impuestos empezó a ser rechazada abiertamente. Como ejemplo, el 16 de marzo de 1781, en Socorro, Santander, Manuela Beltrán encabezó protestas de la población, rompiendo los edictos respecto a los nuevos impuestos, a los gritos de “Viva el Rey, abajo el mal gobierno. No queremos pagar la Armada de Barlovento”.

El movimiento comenzó a ganar mucha fuerza entre las franjas más pobres de la población y se plegaron también comerciantes, carniceros y pequeños agricultores.

Al pliego de demandas presentadas a las autoridades se agregó la devolución de las tierras tomadas a las comunidades indígenas; Ambrosio Pisco, un cacique indígena rico se había unido a la revuelta.

Dada la cantidad de habitantes de la zona en la época, la marcha que comenzaron a desarrollar hacia Santafé de Bogotá para defender sus exigencias ante las autoridades coloniales fue multitudinaria. Los historiadores calculan cerca de 20.000 personas.

En las negociaciones, denominadas las “Capitulaciones”, los insurrectos lograron que la gran mayoría de sus demandas fuesen aceptadas. Se firmó el acuerdo, con misa de por medio y juramento ante los evangelios, según las costumbres de la época. Para lograr que los levantados retornasen a sus hogares actuó como mediador el Arzobispo Caballero y Góngora, cumpliendo el mismo y nefasto papel que ahora cumple muchas veces la Iglesia, de apaciguar los ánimos para que el gobierno ganase tiempo.

Pero, igual que ahora, 200 años después, los gobernantes están dispuestos a firmar lo que sea necesario siempre y cuando logren mantenerse en el poder. Luego, violarán y desconocerán todos los acuerdos firmados. Ni antes ni ahora su palabra es de fiar. La única garantía de haber mantenido el triunfo de los comuneros hubiese sido haber derrocado a las autoridades coloniales de la época. Y el movimiento no tenía esa conciencia ni esa capacidad.

Las Capitulaciones fueron desconocidas por el Virrey Manuel Antonio Flórez quien envió sus regimientos a controlar la situación. Al intento de resistencia que se opuso, encabezado por José Antonio Galán, respondieron con la más feroz represión. Galán, Isidro Molina, Lorenzo Alcántuz y Manuel Ortiz fueron ahorcados y sus cabezas, manos y pies expuestos, en Santafé y en las ciudades donde se organizó el movimiento, para escarmiento público. Sus descendientes fueron declarados infames, todos sus bienes confiscados y sus hogares destruidos y regados con sal. El cacique Ambrosio Pisco fue encarcelado en Cartagena y a pesar de haber sido luego indultado nunca pudo regresar al interior del país. Otros dirigentes fueron sentenciados a 200 latigazos, vergüenza pública y prisión en África.

La “benevolencia” y “piedad” de los sanguinarios represores sólo se expresó con algunos pocos de los más ricos participantes del alzamiento comunero, quienes sólo fueron encarcelados un tiempo en Cartagena y luego indultándolos. Se mostraba así, igual que en otras circunstancias de la lucha de clases, el odio implacable contra las capas más pobres de la población que osan levantarse contra los poderes constituidos y la disposición a “negociar” y “lograr acuerdos” con las capas medias que, peligrosamente también, podían inclinarse hacia el proceso revolucionario.

En varias regiones de las colonias del imperio español se presentaron alzamientos más o menos similares a los de los Comuneros. Todos ellos tuvieron la misma suerte. Son, en rigor, luego de la masacre de la conquista y la colonia contra las tribus indígenas y del aniquilamiento de su heroica resistencia, los primeros albores de las revoluciones de independencia.

En ellos se dio una combinación ya nueva y distinta. No se trataba única y exclusivamente de la resistencia indígena contra el conquistador o la defensa de sus territorios e independencia del colonizador. Tampoco era únicamente el alzamiento del grupo de esclavos, hecho de resistencia que también se presentó en diversas ocasiones. La revolución de los Comuneros, derrotada y aniquilada con los más bárbaros métodos de represión, combinó en su desarrollo las exigencias de la nueva capa de comerciantes, agricultores pequeños y medianos, algunos pocos artesanos y grupos indígenas, hastiados de la opresión inmisericorde de las autoridades coloniales, de los impuestos exorbitantes sobre la poca producción y comercio, exigiendo sus derechos.

El imperio se derrumba

Al otro lado del océano, en el centro del imperio, en Europa, gigantescos procesos sociales derrumbaban el castillo de naipes de los regímenes monárquicos que constreñían con sus lujosos ropajes y decenas de títulos y ceremonias el vertiginoso avance de la burguesía ya dominante económicamente.

Hacia 1792, en medio de un fenomenal proceso revolucionario, la monarquía francesa había sido derribada y guillotizada. Las fuerzas burguesas, expresadas en las tropas napoleónicas, se lanzaron a la titánica tarea de recorrer a Europa, buscando unificarla bajo el nuevo régimen político burgués, las repúblicas parlamentarias, más favorable para la nueva clase dominante. Para 1808 Napoleón invade a España y la monarquía se derrumba. Fernando VII, el rey de entonces, es obligado a abdicar.

Las tropas napoleónicas estuvieron anteceditas, en su avance sobre Europa, de la difusión de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, sintetizadas en los Derechos del Hombre, proclamados por la revolución. El nuevo “credo” de la clase dominante económicamente en la sociedad, imponiendo sus ideas como ideas dominantes se había extendido también a las colonias americanas de España. La Declaración de los Derechos del Hombre tuvo que ser difundida clandestinamente por varios de quienes en ese momento eran perseguidos, encarcelados y condenados como “subversivos”, “agentes del desorden”, “agitadores profesionales” o similares por las autoridades monárquicas.

Con poca anterioridad, hacia 1776, ya las colonias inglesas en el norte del continente habían declarado su independencia de Inglaterra y en una guerra de corta duración la habían conquistado; conformándose una poderosa nación que proclamaba los mismos valores burgueses de libertad, igualdad y fraternidad.

En 1804 en Haití, entonces colonia francesa, la enorme mayoría de la población de esclavos negros encabezó un fenomenal alzamiento contra los dueños de las plantaciones, derrotaron a los regimientos franceses que fueron lanzados en su contra y proclamaron la primera república negra independiente, proclamando y conquistando la libertad total de los esclavos. Vale la pena destacar cómo la “democracia” de Estados Unidos, usufructuaria de la explotación de miles de esclavos en su propio territorio, a pesar de proclamar formalmente los valores de “libertad, igualdad y fraternidad” se negó durante décadas al reconocimiento de la independencia de Haití; mostrando tempranamente que el cacareado lema burgués de “libertad, igualdad, fraternidad” lo consideraban aplicable sólo a ellos mismos, a los burgueses y explotadores.

Comportamiento bastante similar tuvieron muchas de las nacientes repúblicas que surgieron de la guerra de independencia contra España, a pesar del apoyo prestado por el gobierno haitiano a dicha lucha.

Se genera una combinación excepcional de circunstancias para las colonias de España en América. Al descontento existente por los altos impuestos y el control absolutamente represivo de las autoridades coloniales sobre cualquier intento de autonomía o derechos de los criollos se agregó la crisis en el centro del imperio; determinada por la invasión napoleónica, la abdicación del rey Fernando VII y el interés estratégico del imperialismo dominante —el inglés— de que las colonias americanas de España se independizaran. Por este interés, el imperio inglés apoyó en forma “generosa” el proceso de independencia.

¡Estallan las revoluciones! ¡Se desata la guerra! ¡Derrota a las tropas del imperio!

Estallaron entonces, hacia 1810, las revoluciones de independencia en Caracas, Buenos Aires, México y Bogotá. Un análisis detallado de todos los pormenores de dichas revoluciones, del papel de cada uno de los dirigentes, voceros políticos y caudillos militares, desborda las pretensiones de este escrito.

Durante prácticamente las dos décadas siguientes se desarrolló en el conjunto del continente latinoamericano una de las guerras más intensas y profundas que hayamos conocido. Los ejércitos españoles fueron inicialmente derrotados.

Se proclamaron repúblicas y se eligieron juntas de gobierno, algunas de ellas presididas incluso por personajes bastante cercanos a los realistas. Los criollos más poderosos, los dueños de haciendas, los hijos de comerciantes ricos que se habían educado en Europa, que defendían las ideas de la revolución francesa, pasaron a controlar los puestos claves del nuevo poder que se intentó consolidar.

Los intereses económicos y políticos específicos de las distintas franjas de criollos se expresaron en las luchas intestinas que debilitaron muchísimo el proceso independentista, haciéndolo más costoso en vidas. La Corona española lanzó varias ofensivas de reconquista, triunfantes algunas de ellas durante varios años, imponiendo un atroz régimen de terror y fusilamientos a quienes habían jugado papel predominante en los primeros alzamientos.

Las profundas diferencias de clase que ya existían al interior de la sociedad colonial se expresaron de diversas maneras en el proceso revolucionario. Se expresaron también en el carácter de diversos dirigentes, muchos que habiendo venido de capas pobres y muy oprimidas de la población jugaron un papel destacadísimo y heroico y alcanzaron a tener figuración en los primeros puestos de dirección del mismo proceso; aunque fueron posteriormente relegados, discriminados o directamente perseguidos por las capas de caudillos y líderes que expresaban a la clase social explotadora de los criollos, hacendados

y comerciantes, que se lucraban de la explotación de la población indígena en sus latifundios y de la explotación de los esclavos en las minas.

Vale la pena señalar que las conquistas sociales a favor de las capas más explotadas y oprimidas, los indígenas y los esclavos, fueron mínimas por no decir que inexistentes. La prometida libertad de Bolívar a los esclavos se tradujo solamente en la libertad de sus propios esclavos y en la promesa de libertad posterior para quienes, al servicio de la guerra, se enrolasen en los ejércitos patriotas. Es decir, era un cálculo militar y en modo alguno un profundo convencimiento del derecho a la libertad. La mejor prueba de ello es que la libertad plena de la población esclava sólo se logra varias décadas después, en 1852 en Colombia y Ecuador, en 1854 en Venezuela. En cada uno de los tres países mencionados, para los hacendados poseedores de esclavos la libertad de estos terminó siendo un buen negocio, pues fueron indemnizados generosamente por los Estados respectivos.

En el otro lado, las poblaciones indígenas originarias continuaron siendo perseguidas, se les continuó arrebatando su territorio, atropellando su cultura y sus formas ancestrales de gobierno. Solo las luchas de las últimas décadas del siglo XX les han permitido contener en algo la ofensiva de los empresarios y terratenientes. Las nuevas repúblicas, para ellos, no significaron un mejoramiento ni de su calidad de vida, ni de sus derechos ni el respeto a sus comunidades.